

Existe un archipiélago oceánico llamado Vanuatu, antiguamente Nuevas Hébridas, que nunca ha conocido el hambre. A lo largo de Nueva Caledonia y de las islas Fidji, y durante milenios, Vanuatu ha gozado de dos virtudes raras por separado y cuya alianza resulta todavía más rara: la abundancia y el aislamiento. Es cierto que, tratándose de un archipiélago, esta última virtud raya el pleonasma. Pero así como conocemos islas muy frecuentadas, nunca vimos unas islas tan poco visitadas como las Nuevas Hébridas.

Es una extraña verdad histórica: nunca nadie ha deseado ir a Vanuatu. Incluso la desheredada geografía que, por ejemplo, constituye la isla de la Desolación tiene sus adoradores: su abandono tiene algo de atractivo. Aquel que desee subrayar su soledad o dárse las de poeta maldito causará la mejor de

las impresiones diciendo: «Acabo de regresar de la isla de la Desolación.» Quien regresa de Las Marquesas despertará una reflexión ecológica, quien vuelva de la Polinesia recordará a Gauguin, etc. Regresar de Vanuatu no provoca reacción alguna.

Y resulta aún más curioso si se tiene en cuenta que las Nuevas Hébridas son unas islas encantadoras. Incluyen los accesorios oceánicos habituales que desencadenan los sueños: palmeras, playas de arena fina, cocoteros, flores, vida regalada, etc. Podríamos parafrasear a Vialatte y decir que se trata de unas islas tremendamente insulares: ¿por qué la magia de la insularidad, que funciona con la más mínima roca emergente, no funciona cuando se trata de Vaté y de sus hermanas?

Todo transcurre como si Vanuatu no interesara a nadie.

Este desinterés me fascina.

Tengo ante mis ojos el mapa de Oceanía del antiguo *Larousse* de 1975. En aquella época todavía no existía la república de Vanuatu: las Nuevas Hébridas eran un condominio franco-británico.

El mapa habla por sí solo. Oceanía está dividida por esos fenómenos absurdos y maravillosos que constituyen las fronteras marítimas: es complicado y riguroso, igual que el cubismo. Hay un lado que guarda cierto parecido con la teoría de los

conjuntos: así, las Wallis tienen una intersección con las Samoa, las cuales a su vez parecen pertenecer a las Cook; parece chino. Se descubren complejidades políticas, incluso crisis al rojo vivo: una polémica enfrenta a los Estados Unidos y al Reino Unido por culpa de las islas de La Línea, igual de poco conocidas bajo la fabulosa denominación de Espóradas ecuatoriales. Las Carolinas, que se las apañan para pertenecer simultáneamente a Australia, Nueva Zelanda y Gran Bretaña, alcanzan la cima de la perversidad al estar, sin embargo, bajo tutela inglesa. Etc.

Se diría que Oceanía es el elemento excéntrico del atlas. Entre tanta rareza, Vanuatu destaca por su atonía. No tiene excusa: haber estado bajo el dominio conjunto de dos países tan tradicionalmente enemigos como Francia y Gran Bretaña y ni siquiera haber logrado suscitar el más mínimo litigio es una prueba de mala voluntad. Haber conquistado su independencia sin que nadie la discuta, eso da un poco de pena —y sin que nadie hable de ello!

Desde entonces, Vanuatu está enojado. Ignoro si las Nuevas Hébridas ya lo estaban antes. Pero Vanuatu lo está de un modo incontestable. Tengo pruebas. Los azares de la vida han hecho que recibiera un catálogo de arte oceánico, dirigido a mi nombre (;por qué?) por parte de su autor, súbdito de Vanuatu. Este señor, cuyo patronímico es tan

complicado que ni siquiera consigo copiarlo, está enojado conmigo, a juzgar por sus breves líneas manuscritas:

Para Amélie Nothomb  
Sí, ya lo sé, le importa un bledo.  
Firma  
11/7/2003

Abrí los ojos de par en par al leer semejante comentario. ¿Por qué ese individuo decretaba, sin haberme visto jamás, que su catálogo suscitaría en mí una indiferencia tan grosera?

Así pues, en mi absoluta ignorancia, hojeé aquel libro de imágenes. Es notorio que no entiendo nada sobre la materia: mi opinión es la menos interesante del universo. Eso, no obstante, no significa que no tenga opinión.

Vi unos sorprendentes amuletos de Nueva Guinea, elegantes tejidos pintados de las islas Samoa, hermosos abanicos de las islas Wallis, notables recipientes de madera de las islas Salomón, etc. Pero a la que un objeto destilaba aburrimiento, ni siquiera me hacía falta mirar el pie de foto: se trataba de un peine (o de una máscara, o de una efigie) originaria de Vanuatu, que se parecía singularmente a los peines (o a las máscaras, o a las efigies) que se ven en el noventa y nueve por ciento de los museos de antigallas municipales del mundo entero, donde uno

suspira al tener que contemplar los eternos pedazos de sílex o los collares de dientes con los que nuestros lejanos ancestros consideraron necesario llenar sus cuevas. Exponer semejantes cosas siempre me ha parecido tan absurdo como si los arqueólogos del futuro insistieran en exponer nuestros tenedores de plástico y platos de cartón.

Todo transcurrió como si, de antemano, ese señor de Vanuatu hubiera sabido que las baratijas de su país no iban a impresionarme. Lo peor es que estaba en lo cierto. Lo que quizá no había previsto era que aquello iba a atraer mi atención.

Mirándolo más detenidamente, otro detalle de aquel catálogo me intrigó. Un motivo recurrente en el arte oceánico primitivo parecía ser el yam: el ñame, que viene a ser la patata de Oceanía, objeto de auténtico culto. Cuidado con aquellos que se burlarán al leer esto: nuestros hombres prehistóricos también dibujaron sus alimentos. Y sin remontarnos tanto en el tiempo, ¿acaso nuestras naturalezas muertas no rebosan de comida?

A los que pudieran replicarme diciendo: «¡De todos modos, patatas!», respondo que cada uno tiene el caviar que puede. La única constante en la representación artística de los alimentos es que el dibujante (escultor, pintor, etc.) elige manjares raros, y nunca ordinarios. Así, se ha podido demostrar que

los hombres de Lascaux se alimentaban exclusivamente de carne de reno –y no existen imágenes de reno en las espléndidas paredes de la catedral. Semipiterna ingratitud del espíritu humano, que prefiere glorificar los pájaros hortelanos y el bogavante antes que el pan al que debe la vida.

En pocas palabras, si los oceánicos han representado el ñame con tanta profusión, significa que era su plato de los días festivos, que resultaba difícil cultivar aquellos tubérculos. Si las patatas eran raras en nuestros cultivos, comer puré sería un acto de esnobismo.

Sin embargo, en el catálogo ningún ñame, ni de hecho ninguna otra representación alimentaria, era originaria de Vanuatu. No había duda, esa gente no soñaba con alimentos. ¿Por qué?

Porque no tenía hambre. Nunca había tenido hambre.

Otra constatación: de todas las islas de Oceanía, la que más había representado el ñame y otros alimentos era Nueva Guinea. También era la isla cuya creación artística me había parecido más rica, viva y original –y no sólo en sus efigies «nutritivas», también en unos objetos de una auténtica sofisticación. ¿Cómo no deducir en primer lugar que esa gente había tenido hambre, y acto seguido que todo eso los había despertado?

Los azares definitivamente propicios de la existencia hicieron que, poco tiempo atrás, conociera a tres súbditos de Vanuatu. Su aspecto era formidable: aquellos tres hombres parecían baobabs.

Tenían del árbol su misma dimensión, la exuberante cabellera y, si me lo permiten, la mirada: unos enormes ojos adormecidos. No hay en esa expresión ningún matiz peyorativo, el sueño no es ninguna tara.

Coincidí en una comida junto a esos tres individuos. En la mesa, los otros comensales comían, es decir que parecían tener apetito y, por consiguiente, engullían bocados a un ritmo sostenido.

Los tres hombres, en cambio, apenas tocaban los alimentos –no a la manera de los ascetas, sino de quien está a punto de levantarse de la mesa. Alguien les preguntó si el plato no era de su agrado: uno de ellos respondió que estaba muy bueno.

–En ese caso, ¿por qué no comen ustedes?

–Porque no tenemos hambre.

Estaba claro que no mentían.

A los otros aquella respuesta les pareció suficiente. Yo llevé la investigación un poco más lejos.

–¿Por qué no tienen hambre? –les pregunté.

Legítimamente, los súbditos de Vanuatu habrían podido molestarse por tener que justificarse sobre semejante cuestión. Ése no fue el caso. El que parecía ser el portavoz debió de considerar que mi pregunta era de recibo: lentamente, como un hombre

que tiene el estómago demasiado lleno y que no está acostumbrado a hacer esfuerzos, habló:

—En Vanuatu hay comida por todas partes. Nunca hemos tenido que producirla. Extiendes las manos y en una te cae un coco y en la otra un racimo de plátanos. Te metes en el mar para refrescarte y no puedes evitar recoger espléndidos caracoles, erizos, cangrejos y pescados de refinada carne. Si paseas un poco por el bosque, donde hay demasiados pájaros, te sientes obligado a hacerles el favor de llevarte de sus nidos los excedentes de huevos, y a veces de romperle el gáznate a alguna de esas aves que ni siquiera intentan huir. Las hembras facoqueras tienen demasiada leche, ya que ellas también están sobrealimentadas, y nos suplican que las ordeñemos para librarse de ella: emiten gritos estridentes que sólo cesan si accedes a su petición.

Se calló. Después de un silencio, añadió:

—Es terrible.

Consternado por su propio relato, concluyó:

—Y en Vanuatu siempre ha sido así.

Los tres hombres se miraron con una expresión sombría, compartiendo aquel pesado e inconfesable secreto de la perpetua sobreabundancia, y luego se sumieron en un mutismo abrumador cuyo sentido debía de ser: «No sabe usted lo que es eso.»

La ausencia de hambre es un drama que nadie ha estudiado.

Al igual que esas enfermedades huérfanas por las que la investigación no se interesa, la no-hambre no corre el riesgo de despertar curiosidad: aparte de la población de Vanuatu, no afecta a nadie más.

Nuestra sobrealimentación occidental no tiene nada que ver con eso. Basta salir a la calle para ver a gente muriéndose de hambre. Y, para ganarnos el pan, tenemos que trabajar. En nosotros, el apetito es algo vivo.

En Vanuatu el apetito no existe. Allí se come por complacencia, con el fin de que la naturaleza, que en ese lugar resulta ser la única ama de casa, no se sienta excesivamente ofendida. Ella es la que se encarga de todo: el pescado se pone a guisar sobre una piedra ardiente por el sol, y punto. Y evidente-

mente está riquísimo, sin esfuerzo alguno —«no hay derecho», tiene uno ganas de quejarse.

¿Para qué inventar postres si el bosque proporciona frutas tan buenas, tan sutiles que comparadas con ellas nuestras golosinas son repugnantes y vulgares? ¿Para qué inventar salsas si el zumo de los caracoles de mar mezclado con la leche de coco tiene un sabor que relega nuestras salsas al rango de repugnantes mayonesas? No es necesario ningún arte para abrir un erizo de mar acabado de coger y para disfrutar con su enloquecedora carne cruda. Algunas guayabas habrán macerado por accidente en el agujero en el que hayan caído: habrá con qué emborracharse. Es demasiado fácil.

Observé un poco a los tres habitantes de esa despensa llamada Vanuatu: eran amables, corteses, civilizados. No destilaban ni el menor síntoma de agresividad: sentías que te hallabas ante una gente profundamente pacífica. Pero tenías la impresión de que estaban un poco hartos: como si nada les interesara. Su vida era un paseo a perpetuidad. Faltaba en ella el sentido de una búsqueda.

Lo opuesto a Vanuatu no resulta difícil de situar: es todo lo demás. Los pueblos tienen en común que han conocido a la fuerza el hambre en uno u otro momento de su historia. La escasez crea vínculos. Y proporciona cosas que contar.

La campeona del estómago vacío es China. Su pasado es una sucesión ininterrumpida de catástrofes alimentarias con muertos a espaldas. La primera pregunta que un chino le hace a otro chino siempre es: «¿Has comido?»

Los chinos han tenido que aprender a comer lo incomible, de allí el refinamiento sin igual en su arte culinario.

¿Existe una civilización más brillante, más ingeniosa? Los chinos lo han inventado todo, pensado todo, entendido todo y se han atrevido a todo. Estudiar China equivale a estudiar la inteligencia.

De acuerdo, pero hicieron trampa. Estaban dopados: tenían hambre.

No se trata aquí de establecer una jerarquía entre los pueblos. Al contrario. Se trata de mostrar que el hambre es su mayor seña de identidad. A los países que nos dan la lata con el carácter supuestamente único de su población, hay que decirles que toda nación es una ecuación que se articula alrededor del hambre.

Paradoja: si las Nuevas Hébridas no lograron suscitar una auténtica codicia en los conquistadores exteriores se debe a que a este archipiélago no le faltaba de nada.

Resulta extraño, ya que la Historia ha demostrado en innumerables ocasiones que los países más colonizados eran los más ricos, los más fértiles, etc. Sí, pero conviene señalar que Vanuatu no es un país rico: la riqueza es el producto de un trabajo, y el trabajo es una noción que no existe en Vanuatu. En cuanto a la fertilidad, presupone que los hombres han cultivado, sin embargo nunca se ha plantado nada en las Nuevas Hébridas.

Así pues, lo que atrae a los depredadores de tierras no es, hablando con propiedad, los países de Jauja sino la labor que los hombres han invertido en ellos: es el resultado del hambre.

El ser humano tiene en común con las otras especies que busca lo que se le parece: allí donde de-

tecta la obra del hambre, identifica su lengua materna, está en tierra conocida.

Me imagino la llegada de los invasores a las Nuevas Hébridas; no sólo no encontraron ninguna resistencia sino que, además, la actitud de los habitantes debió de ser algo así como: «Llegáis en buen momento. Ayudadnos a acabar con este festín, no podemos más.»

Las costumbres humanas hicieron el resto: aquello que no se defiende carece de valor, no vamos a entusiasmarnos por esas islas en las que una población satisfecha, que ni siquiera es capaz de luchar, no ha construido nada.

¡Pobres Nuevas Hébridas! Tener que sufrir un juicio tan injusto ha debido de generar mucha rabia. ¡Y qué humillante debió de resultar verse colonizada por personas que parecían no tener ningunas ganas de permanecer allí!